

JOAQUIN GUTIERREZ. Costarricense. Ha sido ajedrecista, editor, periodista, profesor universitario y traductor. Galardonado varias veces, en 1975 obtuvo el premio nacional de cultura "Magón". Es autor en poesía de los títulos Poesía (1937), Jicaral (1938), Te conozco mascarita (1973) y Volveremos (1974); en cuento de La hoja de aire (premio "Aquileo J. Echeverría", 1968); en novela de Manglar (1947), Cocorí (premio "Rapa Nui", de Chile, 1947), Puerto Limón (1950), Murámonos, Federico (premio "Aquileo J. Echeverría", 1973) y Te acordás hermano (premio "Casa de las Américas", 1978); y de dos crónicas de viajes: Del Mapocho al Vístula (1951) y La URSS tal cual (1967).

NERUDA Y LA ALEGRIA DEL MUNDO

JOAQUIN GUTIERREZ



Laborioso y laberíntico fue el viaje que recorrió Neruda desde el regazo brumoso de la soledad y la tristeza hasta la verticalidad del optimismo y de la alegría, la alegría más plena e indestructible de todas, la de sentirse con todos y entre todos, hoja del árbol de la vida, grano de polen de la historia.

Su infancia es conocida: una doble orfandad —su madre y su “mamádre”— un padre hosco bronceado por el fogón de su locomotora, una lluvia pertinaz, y, la “frontera” de comienzos de siglo: taciturna, huraña, bravía. Y él es frágil, como uva sin piel; *mariposa en arrullo, te pareces a mi alma*, nos confesará al llegar a la adolescencia. A veces, en los bosques, un coleóptero irisado o un revuelo de choroyes lo ilumina por instantes, pero por dentro de la mariposa aletea y pronto lo hará *escribir los versos más tristes de esta noche*.

Estudiante en Santiago, pensiones pobres, sábanas húmedas, una sola copa compartida en el invierno con tres amigos, bandadas de muchachas

besadoras y algunos contactos con un anarquismo ya agónico. Para pagar la pensión —cuando la paga— traduce algunos libros —su padre, anti-poeta, ya no le envía la mesada—; pero aún cuenta con el vino, el generoso, el de Verlaine, Li Tai Po y Darío. También cuenta con una sensibilidad social innata (¿serían los genes del ferroviario?) que lo hace pensar en *cómo soñan las almas de los obreros muertos*.

De pronto produce una fogata de magnolias, dos libros agriternos y macarados, *Crepusculario* y los *Veinte Poemas*. . . y estallan todos los aplausos. En su voz, naturalmente, aún se reconocen otras voces, pero eso no les importa a las adolescentes, que los guardan bajo sus almohadas. Y aun los más severos críticos reconocen que está surgiendo algo grande, muy grande.

Como premio (¿fue premio eso?) el Gobierno lo envía de cónsul al Asia remota; Ceilán, Rangún, Java. Allí aprende *a odiar a los ingleses* (y a todos los colonialistas, por extensión), allí la soledad lo sofoca y allí se agarra, como un náufrago a un tablón, de los muslos de Josie Bliss, quien lo persigue con el cuchillo de cocina por entre los cocoteros, mientras los monzones juegan a imitar el diluvio universal. Pero aún allí *trabajo sordamente, girando sobre mí mismo, como el cuervo sobre la muerte. ¡Oh abandonado!*

Al fin huye (¿de sí mismo?, ¿de Josie?, ¿de los cuervos?) y de nuevo la soledad, los cuartos solitarios, los pantalones tirados al suelo. Se siente un mero *residente en la tierra*, un viajero de paso. Y su poesía se escurre oleosa, tibia y oscura desde los vertederos de su subconsciente.

¿Dónde comienza entonces el penoso ascenso? ¿Desde qué abismos? Y por último, ¿es imprescindible acaso la alegría? Para él llegará a serlo, porque su tesitura se eslabona e interactúa con una concepción del mundo y de la vida. Y la gran paradoja: es la muerte, son muchas muertes, las que lo empujarán a los brazos de la vida.

Ahora, después de un breve regreso a Chile, es cónsul en Madrid. *¿Federico, te acuerdas?* Y en España la primavera acaba de amanecer republicana y el sol libertario y en su balcón florecen los geranios. ¿Te acuerdas, Rafael? Ahora es testigo, con los ojos deslumbrados, de la alborada de un pueblo, un pueblo que llevaba siglos de vivir en los sótanos, bajo el peso de charreteras, coronas y mitras.

Además los grandes, los más grandes de las letras y del pensamiento



español lo reciben alborozados, así como medio siglo antes habían recibido a Darío. Todo esto, eso sí, sería fugaz; trágicamente fugaz. Pronto saldrían los alacranes de sus cavernas y el nazi-fascismo acudiría a destrozarnos Guernicas.

Madrid se convierte en la capital política del mundo; allí convergen todos los corazones, allí —prólogo de la guerra mundial— se vive, minuto a minuto, la historia, conscientes todos de que allí se juega el destino de la humanidad.

La barbarie fascista se inicia en Granada con el asesinato de Federico. (¿En Granada? ¿Y, ahora, otra vez en Granada?) Estos nuevos —entonces— enemigos de la especie humana asesinan también a la poesía. Sí, Pablo, sí. No son sólo enemigos del pan, de la luz y de la vida. Son también tus enemigos personales. Desde ese día la boca de un fusil te apuntará. No cesará de apuntarte y cuarenta años después acelerará en Chile tu agonía de anciano enfermo.

Pero en 1937 Neruda tiene treinta y tres años —el cenit— y lo rodean los mejores de los mejores: Louis Aragón, Paul Eluard, Rafael Alberti, el venerable don Antonio Machado, el cholo Vallejo, Miguel Hernández, León Felipe, Manolo Altolaguirre. . . Y otros, muchos otros, no poetas, como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Ilia Ehreburg, Paul Robeson o sabios nucleares como Joliot Curie. En su inmensa mayoría son militantes, y quien, como Picasso, aún no lo es, lo será pronto. Y además de con intelectuales estrecha lazos con guerreros, como el comandante Modesto, de las Brigadas Internacionales, o como el comandante Carlos, junto a quien “no hay miliciano con miedo”, como lo cantábamos por millones. Y con

todos ellos Pablo vive, convive y cimienta una amistad que sólo con los años irá desanudando la muerte.


Pero hay más, mucho más: lo rodea el heroísmo del pueblo español, es el heroísmo anónimo, natural y radiante de quienes, cuando son intimados a que se rindan combaten hasta morir, porque, como en el verso del niño-héroe nicaragüense Rugama: *Los héroes no dijeron que morían por la patria, sino que murieron.*

Y es que es así, se puede aprender historia rumiándola en los libros, pero con una celeridad muchísimo mayor se aprende historia cabalgándola. Y en días como esos el reloj de la vida corre a otro ritmo: un mes pasa a ser un año y, a veces, un día se convierte en una eternidad.

El *residente en la tierra* había encontrado por fin su hogar en la familia humana. Y de ahí en adelante compartirá y contribuirá, como el que más, a darle forma y madurez mayor a lo que recientemente han bautizado como “la humanidad latinoamericana”, designación que involucra que la América Nuestra ya adquirió una nueva cosmovisión, propia, inédita hasta este siglo en la historia, hija de nuestra realidad etnicogeográfica, economicopolítica y cultural.

Pero sobre lo anterior conviene detenernos un tanto, pues es el concepto central que nos aclarará la significación de Neruda. Y no sólo de Neruda sino de toda la literatura latinoamericana del último medio siglo.

El concepto de que existía y existe una “humanidad europea” lo acuñó el filósofo alemán Federico Hegel; lo retomó el filólogo ruso Bajtín; finalmente lo han utilizado también, ampliándolo, los filólogos Kuteichikova, Ospovat y Zamskov. Y son ellos quienes nos dicen que ya constituimos una “humanidad latinoamericana”. ¿Y qué nos dicen con eso?



PABLO NERUDA

La llamada “humanidad europea” nació con el Renacimiento y con el impetuoso desarrollo económico y cultural que le sucedió. Europa conquistadora, impone, dicta, influye o moldea a todo el globo. Todos nuestros lazos culturales, por ejemplo, desde la conquista, son, en la práctica, exclusivamente con Europa durante más de tres siglos.

Fuimos, así, epígonos y, a lo más, reflejos de esa “humanidad”, de esa cultura. Desde finales del siglo XIX la situación comenzó a variar; surgieron culturas periféricas de Europa, la rusa, la norteamericana. Pero ninguna de las dos tan desprendida de la europea primera como la nuestra de hoy. Es, definitivamente, la América Latina la que merece esa calificación de ser, de constituir una “humanidad latinoamericana”.

Para llegar a serlo hubo, naturalmente, raíces, pero el proceso arranca finalmente con la poesía de las décadas del 20 al 60 y con la novela a partir de 1940.

Hoy la literatura europea ya no nos marca como fierro al rojo. No desperdiciamos, no, al contrario, recogemos todo lo más valioso de su patrimonio, pero la personalidad de nuestra literatura —como avanzadilla de la cultura en general— tiene hoy un perfil virginal en la historia de la literatura.

No se ha producido en el mundo, en el último medio siglo, un poeta de mayor influencia y de más extendida divulgación, en todos los continentes, que Pablo Neruda. No se produce en la actualidad, en ninguna parte del mundo, una novelística con una concepción más rica, nueva y fascinante del mundo, del hombre y de la historia que la latinoamericana.

Este fenómeno se ha abierto paso en décadas de profunda crisis, crisis económica y crisis de todas las escalas de valores de todo orden, que había dado por buenos —y que en su tiempo lo fueron— esa “humanidad europea” que enorgullecía a Hegel: valores filosóficos, éticos, estéticos. . .

Este fenómeno se abrió paso en medio de un desarrollo capitalista desorbitado y estrangulado, pujante y deforme, que dejó muy atrás nuestro ruralismo y engendró concentraciones urbanas monstruosas. En décadas en que veíamos cómo se liberaban del colonialismo europeo veintenas de nuevos países, casi continentes completos. En décadas en que dos de nuestros pueblos se saltaban heroicos todas las barreras del pasado. En décadas en que la extinción misma de la vida pasó a depender de unos pocos hombres que tienen hoy en sus manos el apocalipsis atómico.

En fin, este fenómeno se produjo y de algún modo nuestros creadores sintieron que estábamos terminando de vivir la prehistoria de la humanidad y que, de alguna manera, por algún camino —no es su oficio, por fuerza, señalarlo— el siglo que se viene acercando verá surgir por fin no “humanidades” parcializadas sino la humanidad única, con la que nacerá la verdadera historia del hombre.

Y si hay una obra que da fe de bautismo a esta que ahora llaman “humanidad latinoamericana”, esa obra es el **Canto General** de Neruda.

Neruda no es un teórico, es más, siente recelos de los teóricos, y jamás utilizó vocablos como dialéctica, existencial, superestructura o alienación. Es un poeta. Su percepción del mundo corre por otros cauces. Y no necesitó de esos vocablos para decirnos que así como el sol hace madurar las mazorcas, así los hombres pueden hacer madurar su propia aurora, o para decirnos que cada hombre tiene su propio corazón, pero que la humanidad entera tiene también el suyo y que quien alcanzó alguna vez a escucharlo latir jamás dejará de oírlo, ni en el fragor de la peor batalla.

Neruda escuchó ese corazón en Madrid y no lo olvidó ya jamás, y pudo escucharlo de nuevo retumbando en Stalingrado y en Vietnam y en Cuba, y desde que supo reconocer sus latidos también supo escucharlo en la lejanía del pasado, mezclado con el galope de los caballos de Tupac Amaru, de Bolívar, de Zapata.

Es en ese momento de su vida cuando comenzó a germinar en su alma su obra cumbre, la obra en que va a cantarlo todo, en la que conjugará todos los géneros —la épica, la lírica, la narrativa—, en la que cobijará juntos los senos desnudos de un mascarón de proa con las piedras eternas de Macchu Picchu, la vida de Olegario Sepúlveda con los enigmas orgánicos, la glorificación de nuestros grandes Padres de América con el dicitario y la maldición de los traidores y los tiranos. Será una Suma, el **Canto General**, una visión poética totalizadora, virginal, un Amazonas con afluentes que aún no terminamos de explorar, y todo permeado por el mejor humanismo de los siglos anteriores y por el humanismo que está naciendo — ¡qué parto tan arduo! — de los siglos venideros.

Con ese libro el joven melancólico del sur lluvioso cierra, además y



NERUDA



definitivamente, un volumen de su propia vida, se despoja de su traje luctuoso y borra o se olvida de algo que en un susurro años atrás había confesado al escribir: *la poderosa muerte me invitó muchas veces*. Ahora él y la vida van del brazo.

El cambio que experimenta lo vuelve más fecundo, más prolífico. Si en dieciséis años —de 1923 a 1939— publicó ocho libros, y si gastó once en el **Canto General**, en los siguientes, de nuevo dieciséis años, desde 1952 hasta 1967, va a publicar dieciséis obras, exactamente el doble que antes, y once (incluyendo las que dejó inéditas al morir) en los seis años subsiguientes.

Con la vida del brazo comienza, con sus odas, a rebautizar el mundo y a ennoblecer cuanto toca. Hace entrar en los jardines de la poesía *la cebolla, el hígado, un par de calcetines, el diccionario, la tipografía, la aceituna, el pan, el átomo, el nacimiento de un ciervo, el alambre de púas*. . . Y así, hasta trescientas odas. Todo, todo. Todo lo recrea, lo rebautiza y en todos nos enseña a ver facetas que jamás podríamos haber imaginado que allí latían escondidas y oscuras, y, ahora, fulgurantes.

Es el momento más exultante de su alegría creadora; es el momento, también, en que un nuevo amor le dicta cien sonetos, esta vez sin ninguna *canción desesperada*.

En el **Canto General**, Neruda quiso agradecer a algo o a alguien esta transformación, esta resurrección que había experimentado y, buscando a quien dirigirse, a quien darle las gracias, piensa en su Partido y le dice:

Me has dado la dureza de todos los que viven,

. . . me has dado la libertad que no tiene el solitario.

. . . me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría.

. . . me has hecho indestructible porque contigo no termino en mí mismo.

Me han pedido que escriba sobre Neruda convenciéndome —son flacas mis fuerzas para un tema tan grande— con la frase: —“Tú lo conociste muy de cerca”. Sí, a partir de 1945 lo conocí de cerca. Fui su amigo. Asistimos a congresos en Varsovia, en Goiania (Brasil), en Santiago de Chile; paseamos por las callejuelas de Praga o de Verona; nos tocó arengar a los obreros de la fábrica de vidrio soplado (¡oh maravilla!) de Murano, junto a Venecia; compartimos tareas partidarias, charlamos, discutimos, vivió una quincena en mi casa y yo viví otra en la suya; fui editor de una pareja de sus libros, mi mujer, Elena, de otros más, y mi suegro, don Carlos George Nascimento, ya lo había sido de ocho, comenzando por los primeros. Finalmente, un prólogo suyo cubrió una mínima novelita mía con una llovizna de oro. En suma, compartimos sueños y luchas.

Y lo conocí cuando ya era un hombre alegre, en la acepción que dimos al comienzo, más profunda de lo que significa la alegría. Cuando repartía su amistad como quien reparte gajos de una mandarina; cuando contaba chistes (era malo para contarlos porque estallaba en carcajadas antes de terminar); cuando organizaba sus fiestas de cumpleaños con la obligación de asistir con cualquier disfraz. Lo conocí festivo, deseoso de estar siempre rodeado de gente y, en especial, de gente alegre; preocupado a veces, irritado otras, sí, claro que sí, pero nunca o casi nunca triste. Su melancolía había muerto en una trinchera española.

Se mantuvo alegre incluso cuando el traidor González Videla azuzó contra él todos los perros de la tiranía. Ya no era más la uva sin piel. Ahora, ni la mariposa en arrullo. Ahora templado al fuego, escribió:

*No me siento solo en la noche, en la oscuridad de la tierra,
soy pueblo, pueblo innumerable, tengo en mi voz la fuerza pura
para atravesar el silencio y germinar en las tinieblas.*

Poema que lo termina afirmando:

Y desde la muerte renaceré.

Sí, ya renació. Y renacerá, y está naciendo cada día, en estos mismos días, cuando su pueblo lo necesita. Van él y su poesía, adelante, en las marchas, cuando, como ahora, en Chile se escucha de nuevo retumbante el corazón de la humanidad.

Su voz ha atravesado —él sabía que iba a ocurrir así—, y seguirá atravesando el silencio; su canto ha germinado y seguirá interminablemente germinando.

